

CUBA 1898
GRANDEZA Y MISERIA
EN LA DERROTA

Isidro González García

CUBA 1898
GRANDEZA Y MISERIA
EN LA DERROTA

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: julio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isidro González García

ISBN: 978-84-121486-0-2

ISBN digital: 978-84-121486-1-9

Depósito legal: M-13480-2020

Ediciones Áltera

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A la memoria de mis abuelos:
Pedro, Casimira, Isidro y Mariana.
A la de aquellos jóvenes españoles
que murieron en la Manigua cubana (1895-1898)
y a los que regresaron y tuvieron que reconstruir
el desastre que otros ocasionaron.*

Ni el ayer ni el mañana están escritos.

ANTONIO MACHADO

Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico» no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros.

Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los sitios se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la historia. Sobre esa inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia.

MIGUEL DE UNAMUNO

En torno al casticismo, 1895

Esos duros campesinos españoles hijos de la tierra eran capaces de marchar muy cargados por intransitables senderos resistiendo de forma admirable.

WINSTON CHURCHILL

Diario de su estancia en la guerra de Cuba

En este día, han demostrado las tropas españolas ser unos bravos enemigos, dignos de honor por su bizarría.

THEODORE ROOSEVELT

Mensaje dirigido al presidente McKinley reconociendo el valor demostrado por las tropas españolas en las batallas de Las Lomas de San Juan y Caney.

ÍNDICE

BREVE NOTA INTRODUCTORIA DEL AUTOR.....	13
1	17
2	49
3	77
4	99
5	121
6	143
7	177
8	193
9	217
10	233
11	253
12	279
13	303
ARCHIVOS Y BIBLIOGRAFIA.....	311

BREVE NOTA INTRODUCTORIA

DEL AUTOR

La guerra de Cuba y la pérdida del Imperio (1898) ha generado ríos de tinta. Sin embargo, han permanecido en el olvido aquellos que la sufrieron: los soldados que fueron arrancados de su primera juventud y lanzados al infierno de la muerte, miseria y destrucción. Solo habían cometido un delito: no poder pagar las 2000 pesetas de la cuota; morían por ser pobres. Los que lograron sobrevivir quedaron marcados para siempre. Sus vidas permanecieron enterradas, por las altisonantes declaraciones de los políticos, el desgarrero e histrionismo de la prensa que resonaban estruendosos en el Parlamento, los cafés o la literatura.

El relato está basado en hechos reales con algún elemento de ficción. Es un caleidoscopio reflectante que va iluminando todas las capas de aquella sociedad poliédrica, transversalizada por sus frustraciones, intereses y egoísmos.

El hilo conductor lo constituye un antepasado del autor, protagonista y víctima de aquella guerra, que regresa cargando con el síndrome de la derrota y convertido ya en otro hombre, como el que sufrieron los soldados norteamericanos después de Vietnam. Sin embargo, aquellos hombres vivían en una sociedad condicionada por unas estructuras que tenía sus propios intereses, y que buscaron un chivo expiatorio que les sirviera de aliviadero a sus propios fracasos. En medio de ese magma se producían las sensaciones más contradictorias, según de quién se tratase. La figura del

abuelo del autor ejemplifica a toda aquella generación de la cual somos para bien o para mal sus herederos. No pretende el autor convertirlos en héroes, sino simplemente en hombres que fueron protagonistas de hechos de los que enorgullecerse o de arrepentirse, según los casos. El autor agradece a todas aquellas instituciones y personas que le prestaron su inestimable ayuda; sus padres, que desde niño despertaron en el ese sentimiento por el legado del pasado de la familia incardinado en la propia historia de España; a Mariasun, mi mujer, y a Eduardo, nuestro hijo, que tuvieron que aguantar las conversaciones continuas y a repetitivas sobre el tema y finalmente a Elisa Fenoy, que corrigió todos los capítulos. Sin su ayuda este libro no habría podido ver la luz.

Víctor González Carrión recibió una llamada telefónica en la pensión de estudiantes en la que vivía en Madrid, su abuelo había fallecido como consecuencia de una neumonía agravada de súbito. No lo pensó ni un minuto. Iría a despedirse de él.

En Villabalter, la casa de sus padres estaba repleta. Al encontrarse el abuelo de cuerpo presente se hablaba en voz baja, apenas unos bisbiseos. A los silencios prolongados se sucedían emociones incontroladas, los quebrantos de las mujeres parecían no tener consuelo. Víctor se esforzaba en no mostrar su abatimiento pero tampoco podía disimular estar sobrecogido.

Su padre le llamó en un aparte y le dijo de modo confidencial, más para no interrumpir la atmósfera de recogimiento que por la importancia del asunto para él:

—El abuelo ha dejado esto a tu nombre. Será, vete a saber, algún recuerdo cualquiera de los suyos de cuando estuvo en Cuba.

Por el tono empleado, Víctor percibió aliviado que nadie le iba a dar importancia a aquel recuerdo y no iba a crear problemas en el reparto de la herencia. Era una simple caja de cartón anudada con bastas cuerdas. Cogió la caja en volandas, lanzó unas miradas de soslayo cerciorándose de que ninguna mirada suspicaz se deslizaba hacia él. Desapareció. A medida que ascendía por las escaleras, parecía que aquel día los peldaños de madera crujían con más fuerza que nunca. Le aumentaban los latidos del corazón. Había sorteado la primera prueba, eran suyos aquellos papeles que tanto había deseado.

Entró en la habitación, depositó la caja sobre la cama. Hasta allí aun llegaban difusos los ecos de las conversaciones y los gimoteos histriónicos. Soltando los nudos con dificultad, abrió el paquete y aparecieron unos papeles amarillentos enrollados y anudados con cintas rojas, dentro de ellos una caja más pequeña con unas medallas que el abuelo le había enseñado alguna vez.

Sintió una emoción tal que apenas hoy la puede describir. Abrió los botones superiores de su camisa, estaba ardiendo, tal vez fuera solo la emoción.

Las medallas doradas de latón tintineaban rodando en las palmas de sus manos como los pendientes en la orejas de una mujer. Saltaban vivas, habían sido testigos físicos y vivieron unos acontecimientos determinantes no solo para la vida del abuelo, sino también de toda España.

Víctor sostenía toda una historia olvidada y real, la veía resplandecer. Él sabía que no iba a entorpecer su luz, sino que iba a dejar que esta se escurriera por todas las rendijas hasta encontrar su puesto en la historia real de España.

El tiempo y la distancia proyectan una perspectiva desde la cual los acontecimientos adquieren su verdadera esencia, despojados ya de aquellas aristas punzantes que se incrustan en la persona que escribe sobre la inmediatez de los hechos. Toda la vida de Pedro ahora era un legado en manos de su nieto.

Víctor recordó las últimas conversaciones que mantuvo con el abuelo el verano de 1962, cuando le contó su regreso de la guerra de Cuba en diciembre de 1898. En realidad nunca había olvidado aquella historia y la llevaba consigo.

Había llegado el momento de abrir la caja de Pandora.

Astorga. Diciembre de 1898

El viento frío y cortante azotaba la milenaria ciudad de Astorga. El monte Teleno, que circunda la parte oeste de la ciudad, aparecía cubierto de nieve. El soldado Pedro González se apeaba en la estación del ferrocarril procedente de la ciudad de La Coruña. Era uno de los últimos soldados que regresaba de la guerra de Cuba.

Hacía casi cuatro años que no pisaba tierra española; había permanecido unos días refugiado en uno de los lazaretos para poder curarse y comer algo caliente. Llevaba un encargo especial antes de regresar a casa: entregar los objetos personales de un compañero muerto en la isla. Tenía que dirigirse a un pueblo cercano a Astorga, en la comarca de la Maragatería, Castrillo de Los Polvazares. El nombre lo había memorizado por las conversaciones repetidas y encendidas mantenidas con su amigo Lorenzo Geijo: «Mi tierra, amigo, mi pueblo, ninguno como él, volveré y pondrán mi nombre a una de sus calles».

El lazareto estaba destinado a recoger a los que regresaban de Cuba y también a los mendigos y enfermos, medio desahuciados, que pululaban por la calle. Aquel día su mirada cansada y desvalida se posó indolente sobre los enseres y muebles viejos del lugar. Todo le evocaba las convalecencias aún recientes de los hospitales de la Habana y Santiago de Cuba, en los que pasó un tiempo aquejado de lo que en el argot médico llamaban «gastricismo», pero

que no era otra cosa que la malaria o el paludismo. Los vómitos y la fiebre le provocaban tales delirios que no distinguía entre sus compañeros a los vivos de los muertos.

Recordaba el embarque a la isla en el mismo lugar al que ahora regresaba, convertido ya en otro. Aquellas aclamaciones en León a la tropa expedicionaria. Los discursos grandilocuentes que aún reverberaban en sus oídos, le hacían entonces elevarse hacia una magnificencia que le hacía levitar. No marchaban, flotaban. Se sentían en volandas.

Detrás de aquella escenografía se ocultaba algo que iba a sobrevenir y que ignoraban: la derrota, la miseria que caería sobre ellos cercenando cual guillotina ensoñaciones, proyectos y grandezas. En estos pensamientos estaba ensimismado, caminando lenta y perezosamente, lo que dejaba atrás parecía que hubiera sido, tan solo un sueño pues, ¿acaso no lo fue? ¿Qué fue si no una pesadilla? La mayor de España envenenando su sangre y su pellejo.

Ahora regresaba como un vagabundo, buhonero de aquellos que vagaban por las aldeas comprando ropas viejas y pidiendo limosna; mal oliente, envejecido prematuramente, despreciado por todos. Su imagen producía gestos de extrañeza, de asco incluso. Cuando se cruzaba con la gente, volvían la cara para observarle mejor, sin pudor alguno. Y él hundía la mirada en la punta rota de su zapato. Venía además de roto con el estigma de la derrota, y no de una derrota cualquiera, sino la de haber liquidado el último reducto de nuestro imperio colonial. Qué nos quedaba sino la vergüenza.

El padre franciscano que lo recibió en el lazareto le evocó como un contrapunto el sermón ardoroso y patriótico que les había lanzado el padre Daniel en la Iglesia de San Francisco de León. Cuánta palabrería encendida.

Aquella vehemencia era ahora contrapesada por la postura evangélica y paternal del padre Anselmo. Lo recibía no como un héroe, sino como un desvalido que se acogía a la caridad de Dios. Era el venerable fraile franciscano como de unos sesenta años, de

mediana estatura, rostro cetrino y enjuto, con barba blanca más que entrecana, mirada bondadosa y compasiva. Entrelazando sus manos:

«¡Hijo, estás en la casa de Dios!».

El soldado inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Fueron caminando en silencio por el largo pasillo, las faldas del hábito del fraile más ágiles que su arrastrar el desánimo como cadenas. ¡Qué dos figuras tan diferentes alejándose bajo la gran arcada de yeso!

El convento lazareto estaba situado en un promontorio desde el cual, en los días de fuerte oleaje, el mar aparecía con una cercanía amenazante y angustiosa. Aquel día las aguas embravecidas golpeaban con furia los muros de protección y algunas enormes gotas en encaje, las más densas y poderosas, llegaban hasta las ventanas dejando su huella de enredadera húmeda sobre los cristales. El soldado fijó su vista en las paredes desconchadas de color ocre: imprimían una sensación tétrica y poco acogedora.

Llegaron en silencio a una estancia amplia, que en otro tiempo había sido utilizada como nave para almacenar enseres y muebles viejos, pero servía ahora de dormitorio común. Las literas alineadas, a ras de suelo, no conseguían mitigar la sensación de frío. ¿Por qué ese frío?

El primer impacto fue la evocación, aún reciente, de las enormes salas de los hospitales militares de la Habana y Santiago de Cuba. Sí, eran más luminosas y el clima caluroso, pero allí los vómitos y la enfermedad no le dejaban vivir y la muerte continua dejaba tras de sí su aliento helador. Aquí todo era más desangelado, pero la paz y la acogida de aquellos frailes le hacían la estancia más protectora. Había algunos mendigos y enfermos que no se habían levantado aún. Inmóviles, no daban señales de vida.

Pedro se despojó de sus pesadas ropas, se desplomó sobre la litera que se le asignó y su vista se perdió en el techo, una cubierta cuyas vigas de madera cruzaban de lado a lado dejando en medio amplios huecos llenos de rendijas por donde penetraba el aire húmedo del mar.

Apenas permaneció unos instantes en esa posición inerte, el padre Anselmo le dio unas palmadas, le hizo levantarse y caminando muy cansado, se dirigieron a una cocina desde la cual se podía contemplar el mar. Un poco de sopa caliente, una tortilla y una manzana fueron suficientes para llenar su ya maltrecho estómago. El espíritu, sin embargo, hubiera requerido algo de vino y mucho tiempo por delante para poder olvidar. Su recuerdos le llevaron de nuevo a aquel día, cuando embarcó muy cerca de allí con las gaviotas sobrevolando el puerto.

«Estarás aquí unos días hasta que te repongas y luego irás a la casa de tus padres —el soldado no contestaba, se limitaba a escuchar y a tomar conciencia de dónde se encontraba. Cada paso era acercarse aún más a la realidad. Le resultaba tan difícil... El padre Anselmo continuó—: Están separados los mendigos y los soldados, te hemos colocado al lado de otros dos que también han regresado de Cuba, tienes que tener paciencia, por la noche se ponen a gritar, se levantan, hacen ruidos extraños. No te asustes, comprende, han perdido a sus padres y no tienen a dónde ir; hasta que encuentren un lugar de acomodo estarán aquí. ¡Hijo mío, ten confianza en Dios!», añadió elevando al cielo no los ojos, sino las cejas que, al levantarse, le arrugaron la frente en mil fuelles de acordeón. Aquella noche sus dos compañeros durmieron tranquilamente. Él lo hizo a sobresaltos.

Por la mañana, otro fraile, el padre Isidoro, los despertó. El día había cambiado, era más nítido, la luz inundaba la nave y pudieron verse las caras. Los dos soldados eran gallegos, de apellidos Labandeira y Sueiro, eso lo supo después, cuando se decidieron a contestarle. Los dos, con la barba larga y la mirada perdida, observaban a Pedro extrañados, no hacían ningún movimiento ni ademán de hablar. Labandeira tenía una calvicie prematura, barba espesa e hirsuta, emitía una tos seca que delataba una afección pulmonar; de mediana estatura arrastraba una pierna al andar, sus ojos convergían inquisitoriales sobre el recién llegado al que daba vueltas sin cesar, renqueando. Sueiro, más alto y corpulento con barba de va-

rios días, le observaba con cierta desconfianza permanecía rígido, no se movía. El padre Isidoro trató de romper aquella suspicacia, se dirigió a Pedro:

—Estos son dos soldados de infantería. Hijos de pescadores, sus padres han muerto y de momento no tienen a nadie que los recoja —el padre Isidoro, paternal y cercano, trataba de generar sintonía entre ellos.

Y consiguió el milagro, de repente se rompió el silencio. Sueiro le preguntó al recién llegado que en qué regimiento había estado y cuáles fueron sus principales acciones militares en la guerra. Se llevó el dedo índice sobre el pecho, y como atribuyéndose un mérito, se volvió hacia Pedro en una actitud rayana a la arrogancia.

—Yo estuve combatiendo hasta el último día en las Lomas de San Juan, me acuerdo muy bien del 1 de julio de 1898.

Labandeira intervino.

—Y yo en el fuerte del Caney.

—Mi escuadrón de caballería llegó justo cuando los últimos defensores se habían refugiado ya en Santiago —apuntó Pedro.

—Aunque murieron casi todos los defensores, sin embargo, cayeron muchos más americanos, entre ellos su general; más tarde nos pusieron unas condecoraciones y vi cómo los americanos enterraban a nuestro general Joaquín Vara de Rey con todos los honores... —Sueiro no abandonó el tono arrogante

Todos se disputaban ahora la palabra para preguntar por compañeros que hubiesen estado con ellos en aquellos últimos días.

Labandeira y Sueiro habían pertenecido a los regimientos de infantería Constitución y el Alfonso XIII, recién creado en honor del joven príncipe, todavía adolescente. Habían estado al borde de la muerte, también habían sido atacados por la malaria.

Recordaron en aquella conversación los nombres de los mandos militares, los lugares de enfrentamiento, algún compañero que ambos habían conocido...

En medio de aquella desolación, un hálito de calor humano unía a aquellos combatientes que portaban sobre sí no solo el es-

tigma de la derrota, sino algo aún peor: volver a empezar pero esta vez muy solos, con parte de la familia desaparecida y tanto compañero dejado atrás; perdida la ilusión en el futuro, temiendo el presente, sufriendo por estar vivos como si en vez de ser un éxito aquella fuera su vergüenza y su castigo. Estaban desnudos de ellos mismos, vacíos.

Labandeira era de Camariñas, un pueblo cerca de La Coruña, del que era oriundo el capitán Feijoo, a cuyo mando había combatido Pedro.

—Mi padre tenía una pequeña barca y vivía de la pesca, éramos varios hermanos. Un día, una tormenta se tragó para siempre a mi padre y a mi hermano Diego. Me enteré de la tragedia poco antes de embarcar de regreso de Cuba, ahora cuando me reponga tengo que buscar patrón marinerero —hablaba en tono mesurado, muy despacio; sus ojos, que al principio permanecían inmóviles, a medida que la conversación transcurría se tornaban más expresivos. La presencia de Pedro le hizo revivir aquellos acontecimientos que acababan de dejar atrás.

En el caso de Sueiro, su padre trabajaba como obrero en la construcción de barcos y tenía una pequeña embarcación, había muerto de un infarto en Villagarcía de Arosa; su madre se había trasladado con una hermana y un hermano más pequeños a vivir a La Coruña y trabajaba como criada de servicio en casa de unos señores. En el barrio, los vecinos no supieron darle noticias concretas de su madre, ninguna dirección exacta. Inició una búsqueda sin conseguir dar aún con el paradero. Más introvertido que Labandeira, parecía que vivía un continuo tormento interior.

—*Carallo*, por lo menos a Labandeira le queda familia, yo estoy solo, no sé dónde se encuentran mis hermanos y mi madre —al decirlo se le escurrieron unas lágrimas densas que no acabaron de bajarle por las mejillas.

Y los días pasaban, en una búsqueda de no se sabía qué, no solo recuperando fuerzas, sino recomponiendo trozos del alma

Una noche, Labandeira se incorporó en un grito: